

## Capítulo 1

**E**n un aireado pasadizo bajo la fortaleza de Dunadd, en Dalriada, dos hombres se reunieron en la oscuridad. El lugar se hallaba bien alejado de los ojos y oídos de los escotos de la corte y, por consiguiente, era adecuado para un intercambio secreto. La información que se iba a transmitir era peligrosa; si cayera en manos equivocadas podría ser mortal. El futuro de unos reinos dependía de ella.

—¿Qué tienes para mí? —En tales intercambios había unas pautas; el hombre más joven, un individuo moreno y enjuto de expresión insondable, las siguió con la facilidad que proporciona la larga experiencia.

—Un nombre —dijo el otro, un hombre alto, vestido con la túnica color rojizo de los criados domésticos del rey Gabhran—. Bri-dei tiene que actuar con rapidez e inteligencia si no quiere verse rodeado por el norte y por el sur.

—Ahórrame el análisis —terció el hombre moreno—. ¿Qué nombre es ése?

—¿Qué obtengo a cambio?

El hombre moreno crispó los labios.

—Tendrás la información que quieres.

Durante el silencio que siguió, el hombre alto miró a ambos lados del oscuro corredor. Todo estaba en calma; la luz de la luna penetraba oblicuamente por la distante entrada y les permitía a cada uno estudiar los rasgos del otro en la penumbra. Con tan poca luz puede resultar difícil saber si una persona miente o dice la verdad; cuesta saber hasta qué punto puedes fiarte de ella. Aquellos dos hombres eran expertos en tales valoraciones, pues la existencia de un espía es por esencia un riesgo calculado.

—Uno de los jefes de clan de los caitt —susurró el hombre alto—. Alpin del Brezal. Está al mando de un numeroso ejército

privado. La alianza podría sellarse antes de la próxima primavera, a menos que tu gente haga algo para impedirlo.

El hombre moreno movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Cuál de los otros jefes del norte le prestaría apoyo? ¿Umbrig?

—En mi opinión, no. Pero son parientes. Umbrig tiene ahijado en su casa a un hijo natural de Alpin. En cuanto a los demás, no sabría decirte. El jefe de clan del Brezal tiene entre los suyos tanto aliados como enemigos.

—Entiendo.

—Sería aconsejable que tu rey abordara a Alpin con prontitud —comentó el hombre alto—. Lo mejor sería que hablaras en privado con Bridei.

La expresión del hombre moreno no cambió.

—No estoy precisamente en condiciones de hacerlo —repuso con ecuanimidad—. No soy más que un portador de información. No soy el confidente del rey.

—Eso no es lo que yo he oído.

—Pues deben de haberte informado mal —replicó el hombre moreno.

—Bueno, ahora dime qué tienes tú.

La mirada del hombre moreno se había vuelto más fría.

—Gabhran tendría que cuidar sus fronteras orientales —dijo—. Si este asunto de los caitt no se lo impide, Bridei podría estar listo para llevar a cabo su gran ofensiva contra los escotos la próxima primavera. Se ha programado un consejo para la Recogida, y hay grandes esperanzas de que, finalmente, Drust el Verraco forme en las filas de Bridei.

El hombre alto emitió un gruñido de aprobación. El intercambio de información era justo. Lo que hicieran con ella era asunto de cada uno.

Se separaron sin despedirse. El hombre moreno tenía un largo camino por delante; el hombre alto estaba más cerca de casa, regresó por el pasadizo y salió a cubierto de los árboles pensando en la cena y en una cálida noche en la cama de cierta mujer acomodada.

Un niño que había salido de pesca lo encontró al cabo de unos días. La inmersión en el arroyo había hinchado y deformado su

cuerpo magullado por las rocas bajo las que yacía parcialmente atascado. Se podía determinar que no había muerto ahogado, sino que lo habían estrangulado de forma experta con algo fuerte y fino, como la cuerda de un arpa.

En cuanto al hombre moreno, para entonces ya se hallaba lejos de Dunadd; cruzó de nuevo la frontera para salir del territorio escoto y penetró en las tierras del rey Bridei de los priteni. Había escondido la bolsa de plata que le habían entregado sus señores de Dalriada. Al llegar a la fortaleza de Bridei en la Colina Blanca recibiría otro pago. En su escondrijo secreto llevaba entonces una riqueza considerable, unos recursos que seguramente nunca utilizaría, puesto que no tenía esposa, hijos ni hermanos con los que gastarlos; al menos, ninguno que estuviera dispuesto a reconocer, ni siquiera ante sí mismo.

Viajó con la velocidad y eficiencia de alguien que no permite que nada lo distraiga de su objetivo. Era una pena que hubiera sido necesaria la eliminación de su contacto, pero no le había sorprendido. Pedar no era estúpido, y Faolan sabía que, con el tiempo, hubiera empezado a descubrir la verdad sobre su estrecha relación con Bridei. Había dejado vivir a su informante hasta que el peligro de quedar al descubierto ya no compensó el valor de lo que Pedar podía proporcionarle. Era necesario que sus señores de Dalriada creyeran que Faolan era absolutamente leal a su causa. Sólo le quedaba esperar que Pedar hubiera acatado los delicados códigos de toda información secreta y no hubiera compartido sus sospechas con nadie. En todo caso, Faolan tendría que mantenerse alejado de Dunadd una temporada, sólo para asegurarse. Tal vez Bridei lo enviara a servir con los guerreros de Carnach, que se preparaban para la gran guerra que se avecinaba. Quizá lo destinaran al Pozo del Cuervo, donde había otro ejército aprestándose para la ofensiva final hacia el oeste, en Dalriada. Un pequeño y honrado enfrentamiento no le vendría mal. Ya llevaba demasiado tiempo bailando en los márgenes de las cortes de los reyes y se estaba hartando de las máscaras. Bien; a buen paso y con un tiempo benigno estaría de vuelta en la Colina Blanca antes de la próxima luna llena. Mientras subía por el sendero que bordeaba el lago, rumbo al nordeste, bajo el cielo despejado de un frío día de primavera, Faolan cavilaba que quizá simplemente

recuperara su antiguo papel como guardia personal. En los cinco años que habían pasado desde que Bridei fue elegido para ocupar el trono en circunstancias un tanto inusuales, nadie se había podido acercar lo suficiente para ponerle la mano encima a él o a su esposa. Faolan se había encargado de que así fuera. Cada vez que se marchaba, organizaba un infalible sistema de suplentes que cubrieran el período de su ausencia. De todas formas, nada era tan efectivo como su presencia junto a Bridei. Para su sorpresa, se dio cuenta de que aquello era casi como volver a casa.

Ana era rehén en la corte de Fortriu desde que tenía diez años y medio. Después de ocho años, reconocía que lo que en otro tiempo le había parecido una especie de prisión, si bien una en la que la cautiva comía en la mesa del rey y dormía en sábanas de lino fino y mantas de lana suave, se había convertido en algo más parecido a un hogar. Cuando Bridei construyó su nueva fortaleza en la Colina Blanca y trasladó allí la corte de Fortriu, Ana se mudó con los demás. Tuala, la esposa de Bridei, era una de sus mejores amigas. Eso le suponía un problema a Bridei, pensaba Ana mientras guiaba la diminuta y vacilante figura del hijo del rey, Derelei, por el resguardado jardín que había dentro de los muros de la fortaleza. El único propósito de tomar rehenes era influenciar a sus parientes. Ella estaba allí a modo de garantía contra una posible revuelta por parte de su primo, que era monarca de las Islas Luminosas y rey vasallo de Bridei. A lo largo de aquellos ocho años no había habido señales de malestar en sus islas natales, por lo que parecía que su cautividad había tenido el efecto deseado. Por otro lado, los suyos no habían demostrado demasiado interés por su bienestar; su familia parecía haberse olvidado de ella. En los últimos tiempos era en la Colina Blanca donde se sentía como en casa y no imaginaba que Bridei le hiciera ningún daño si de repente sus parientes se ponían en su contra.

—¡Vaya! —exclamó Ana cuando al pequeño Derelei le fallaron las rodillas y cayó bruscamente sobre su acolchado trasero.

Por un momento puso cara de sorpresa, luego pareció considerar si lo más indicado sería ponerse a llorar y, finalmente,

extendió los brazos hacia ella, dirigiéndole un sonido que significaba: «¡Aúpame!».

—Ven aquí. —Ana levantó al niño y se lo apoyó en la cadera; era pequeño para su edad y poseía cierto aire enigmático, como el de su madre; tenía la piel blanca como la leche y unos ojos grandes y solemnes. Su cabello era castaño como el de Bridei y ya se le rizaba apretadamente.

¿Quién lo hubiera pensado en la época de Banmerren, cuando las dos eran estudiantes? Tuala estaba casada y era madre, y Ana seguía en Fortriu, soltera. Llevar la sangre real de Fortriu, con frecuencia resultaba más una maldición que un privilegio, sobre todo si se era mujer. En los territorios de los priteni, la descendencia real venía dada a través de la línea materna: los reyes no se elegían de entre los hijos de los reyes, sino de entre los hijos de las mujeres como Ana, descendientes en línea directa de las mujeres reales. Ello la convertía en una pieza importante en el gran juego de la estrategia política. El hombre que se casara con ella podría ser padre de reyes. Como monarca de Fortriu, sería Bridei quien finalmente decidiera si Ana se iba y adónde. Ella sabía que, habiendo muerto sus padres hacía tiempo y con sus familiares lejos, en las Islas Luminosas, la decisión estaba en manos de Bridei, aunque éste tal vez lo consultara con su primo, por pura cortesía. Cuando era pequeña y tenía la cabeza llena de historias, había albergado la esperanza de encontrar el amor. Ahora sabía lo estúpida que había sido al esperarlo.

Para algunas personas, sin embargo, el amor podía serlo todo. Sólo había que mirar a Bridei y Tuala. Su matrimonio había parecido imposible. El poderoso Broichan, druida real y padre adoptivo de Bridei, no había visto la relación con buenos ojos. Ana miró a Derelei, que había aferrado un mechón de su largo cabello y ejercitaba sus dientes nuevos con él. Él le devolvió la mirada con unos ojos solemnes como los de un búho. No había duda de que era hijo de su madre; la herencia del Otro Mundo era evidente en su rostro diminuto, en las manos delicadas, en aquella inusual circunspección. Bridei había hecho lo inconcebible: había contraído matrimonio por amor y, como resultado de ello, ahora Fortriu tenía por reina a una mujer de los Seres Buenos. Ana sonrió para sus adentros. Tuala era una reina magnífica; fuerte, valiente y sensata. La gente la había aceptado a

pesar de todas sus diferencias y su esposo la amaba con una devoción que se hacía evidente cada vez que la miraba. No obstante, Bridei era rey y hacía su trabajo en un reino de hombres poderosos y peligrosos. Llegado el momento, Ana no sería más que otra pieza útil del juego, reservada para el momento en que pudiera utilizarse de manera más ventajosa.

—¡Mamá! —dijo Derelei con énfasis al tiempo que le soltaba el pelo a Ana y volvía la cabeza hacia el arco de entrada situado en el otro extremo del jardín.

Era un día soleado de primavera; la luz rozaba la enredadera que subía por la pared de piedra y creaba un dibujo con sombras de un tenue color verde. Allí no había nadie; no se oía nada aparte de las distantes voces de los hombres de armas que hacían su trabajo y del gorjeo, más cercano, de los pájaros en busca del material para construir su nido. El niño miraba fijamente la entrada y se sacudía expectante en brazos de Ana. La muchacha esperó. Al cabo de un momento, Tuala apareció por el arco de entrada, seguida por otra mujer.

—¡Mamá! —proclamó la vocecilla, y el pequeño se inclinó hacia delante en un ángulo peligroso. Ana lo dejó en brazos de Tuala.

—Sabía que venías —comentó—. Siempre parece saberlo.

—¡Mira quién ha venido, Ana! —dijo Tuala, que se acomodó en un banco de piedra con su hijito en el regazo. La otra mujer avanzó y Ana se dio cuenta entonces de quién era.

—¡Ferada! ¡Qué alegría verte! ¡Cuéntame todas tus novedades! —Ferada, hija del influyente jefe de clan del Pozo del Cuervo, había compartido su educación tanto con Ana como con Tuala en la época anterior a la subida al trono de Bridei. Unas desafortunadas circunstancias, que en gran parte no se habían hecho públicas, la habían obligado a volver a casa para supervisar a los empleados de su padre y criar a sus dos hermanos menores, y había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visitado la corte de Bridei en la Colina Blanca. A Ana le pareció que Ferada había envejecido; más de lo que debería. El hecho de ser dos años mayor que sus amigas no podía ser motivo suficiente para las arrugas de cansancio que enmarcaban su boca, ni para la palidez enfermiza de su cutis. Una cosa no había cambiado: su amiga lucía un vestido immaculado, unos

cabellos peinados con cuidado y una pose extremadamente erguida.

—¿Novedades? —repitió Ferada, y juntó las manos en su regazo—. Me temo que no hay nada demasiado emocionante. He aprendido a llevar las cuentas de la casa. He conseguido inculcarles un poco de sabiduría a Uric y Bedo, con la ayuda de unos eruditos que vienen a casa... Sí, Tuala, en ese sentido he seguido el ejemplo de Broichan, pues sé que vuestros antiguos profesores hicieron un trabajo excelente contigo y con Bridei. Los chicos están bien; a Bedo se le dan bien las clases y Uric ha ido mejorando poco a poco. Ahora, por supuesto, se consideran unos hombres y creen que están por encima de esa clase de pasatiempos sedentarios. Últimamente no piensan en otra cosa que no sea el manejo de los caballos y las armas. Por lo visto mi padre cree que una estancia en la corte les será instructiva.

—Siempre he pensado que esos chiquillos tenían buen corazón —dijo Tuala, al tiempo que acariciaba, con su mano pequeña y blanca, el cabello rizado de Derelei, que se había acomodado en su regazo, agarrado a un pliegue de su túnica—. ¿Significa eso que Talorgen está buscándote pretendientes, Ferada? Sabes que dentro de poco va a celebrarse una asamblea importante; muchos jefes de clan se congregarán en la Colina Blanca para debatir la estrategia para la guerra. Es una oportunidad...

—Me imagino que, a estas alturas, todos aquellos que expresaron un interés por mí cuando tenía dieciséis años estarán ya casados —dijo Ferada—. Si mi padre está buscando un pretendiente, será entre los hombres de más edad, los que no están tan desesperados por engendrar una gran prole lo más rápido posible. —Miró a Derelei y luego su mirada se cruzó con los ojos escrutadores y la expresión ligeramente divertida de su amiga—. No te ofendas, Tuala, ya sabes que no me refiero a ti y a Bridei. ¿Acaso vosotros no esperasteis dos angustiosos años desde que os prometisteis hasta que celebrasteis vuestros esponsales formalmente? El hecho es que a las mujeres como Ana y como yo se nos considera, ante todo, ganado reproductor, y con veinte años dejamos de estar en nuestro mejor momento. Y ya que hablamos del tema, me sorprende ver que sigues aquí, Ana. Aunque estoy encantada de verte, por supuesto; os he echado muchísimo de menos a las dos. Pero me había imaginado que

te habrías casado hace años. La verdad es que no carecías de pretendientes interesados. Con trece años eras toda una belleza y todavía lo sigues siendo.

Ana bajó la vista a sus manos.

—Tengo entendido que Bridei ha pensado en alguien; en un jefe de clan del norte, según me dijo. Quizá el próximo verano. Me siento como si llevara toda la vida esperando. —El comentario sobre dejar de estar en su mejor momento la había molestado, pero no quería que sus amigas se dieran cuenta. Cuando se era una mujer de stirpe real, la obligación siempre debía anteponerse a cualquier otra cosa, tal como había hecho Ferada de un modo sumamente admirable al regresar a su hogar para pasar cinco años como abnegada ama de casa. Durante aquel tiempo ya había dejado pasar numerosas oportunidades; a ese ritmo acabarían siendo dos viejas desdentadas sin esposo ni hijos.

—Lo cierto es que ha habido novedades en ese aspecto. Faolan ha regresado y Bridei quiere hablar contigo más tarde, Ana. Tengo entendido que tiene que ver con ese jefe de clan, Alpin. No quise insistir para que me diera detalles; él quería hablar a solas con Faolan.

Ana se estremeció.

—¡Ese hombre! Al mirarlo siempre me pregunto de quién será la sangre con la que se habrá manchado las manos esta vez; en qué oscura esquina habrá estado acechando. No sé cómo Bridei puede confiar en él.

Tuala la miró fijamente.

—Nunca he visto que Bridei se equivocara en su criterio —comentó en voz baja—. La información errónea, el engaño y la muerte súbita son la esencia del trabajo de Faolan. Su gran valía se debe principalmente a que hace esas cosas de manera experta y sin reparos.

—Se volvió contra su propia gente —dijo Ana—. No entiendo cómo una persona puede hacer eso.

—¿Ah, no? —Ferada arqueó las cejas—. ¿Y qué me dices de ti, que vives con satisfacción en la corte de la gente que te tomó como rehén cuando eras demasiado joven para saber lo que eso significaba? ¿Tú, que te sientes como en tu propia casa entre los que te negaron la oportunidad de crecer junto a tu familia? No



es muy distinto del hecho de que Faolan recabe información en Dalriada.

—¡Basta! —intervino Tuala—. Ferada, admiro tu franqueza, siempre lo he hecho. Pero ahora estás en la Colina Blanca; deberías moderar un poco tu forma de hablar, incluso entre amigas. Ana no debería juzgar al asesino del rey y tú no deberías juzgar a Ana. En la corte han cambiado muchas cosas desde que Drust el Toro la tomó como rehén. La verdad es que difícilmente se la puede llamar así; yo la veo más como a una hermana.

—De todas formas —dijo Ferada—, veo que Bridei no la ha mandado a casa.

«A casa», pensó Ana, embargada por la amargura. Las Islas Luminosas. Durante los primeros años había anhelado regresar al reino en el que los lagos retenían la pálida luz del cielo abierto y las verdes montañas descendían hacia los pastos. El lugar de su niñez estaba lleno de antiguos mojones y misteriosas torres de piedra, de inesperados acantilados y del revoloteo de las bandadas de aves marinas. Sin embargo, en aquellos momentos, ella creía que si Bridei la mandaba allí le iba a parecer como otro exilio. En cuanto a la otra opción, la que ahora surgía ante ella como real e inmediata, le inspiraba tanto recelo que la dejaba helada. Los caitt eran un pueblo de sangre priteni, igual que la gente de su isla natal. Ella pensaba en el único jefe de clan caitt que había visto desde que era pequeña: Umbrig de Risco Tormentoso, un hombre que era como un gran oso, fiero y zafio. Umbrig había aparecido inesperadamente en la elección del rey y había emitido su voto a favor de Bridei, lo cual le permitió ganar a Drust el Verraco, monarca de Circinn, el reino priteni del sur. La gente decía que los caitt eran todos como él: enormes y feroces. Ana no se atrevía ni a pensar en compartir la cama con un hombre tan salvaje.

—Hoy Derelei ha recorrido todo el sendero cogido de mis manos —dijo, cambiando de tema—. No tardará en caminar solo. Puedes estar orgullosa de él, Tuala.

—De vez en cuando he sorprendido a Broichan mirándolo, buscando habilidades extrañas, sin duda, tratando de descubrir cuánta sangre mía lleva nuestro hijo, y cuánta de Bridei.

—A mí Broichan no me engaña —dijo Ana—. Adora al chiquillo, en la medida en que un druida real puede relajarse lo suficiente

como para demostrar afecto. Obsérvalo alguna vez cuando crea que no estás mirando. Derelei es como su propio nieto.

—¿Y es así? —preguntó Ferada mientras escudriñaba al pequeño, que estaba sentado tranquilamente en las rodillas de su madre, examinándose los dedos—. Me refiero a si tiene habilidades extrañas.

Ana abrió la boca para responder, pero Tuala fue más rápida.

—Me alegraría que supiera algún hechizo para aliviar el dolor de la dentición —dijo—. Todos necesitamos dormir un poco más. Ferada, por tu mirada veo que tienes más novedades. He oído rumores de que Talorgen ha conocido a una bonita viuda. ¿O son sólo habladorías?

Ana pensó que era interesante la pericia con la que Tuala evitaba hablar de cualquier habilidad especial que pudiera mostrar su hijo y, cómo no, de su propio talento en ciertas ramas de las artes mágicas. Siendo reina, parecía decidida a eludir esos temas, como si en cierto modo pudieran ser peligrosos. Ella conocía los poderes de Tuala con la hidromancia; se habían convertido en una leyenda en Banmerren, la escuela para mujeres sabias. Y circulaba una historia muy extraña de cuando Tuala se había escapado, de lo que les había ocurrido a ella y a Bridei en el bosque de Pitnochie, una historia que ninguno de los dos había contado nunca detalladamente. No obstante, había que acatar los deseos de la reina. Si ella quería ser una persona corriente, si prefería que su hijo fuera como cualquier otro niño, había que fingir, al menos en apariencia, que así era.

Ferada se movió un poco en el banco en el que estaba sentada.

—Mi padre quiere pedir permiso para disolver su matrimonio —dijo en tono grave—. No sabemos si mi madre sigue viva, ni dónde está, sólo sabemos que se fue más allá de las fronteras de Fortriu. Mi padre tiene buenos motivos para hacerlo. Tengo entendido que es el druida del rey quien toma este tipo de decisiones. Creo que Broichan lo permitirá.

—¿Y? —Ana la animó a continuar.

—Mi padre quiere volver a casarse. La viuda se llama Brethana; es bastante joven. Me gusta, al menos en la medida en que a una hija puede gustarle la segunda esposa de su padre. A

los chicos les da lo mismo. A su edad, lo único que les importa en el mundo son sus propias actividades. En cuanto mi padre contraiga matrimonio ya no habrá nada que me retenga en el Pozo del Cuervo.

Se hizo una pausa, durante la cual Tuala y Ana cruzaron una elocuente mirada.

—¿Sabes una cosa? —dijo Tuala—. Estoy completamente segura de que lo que Ferada quiere contarnos a continuación no tiene nada que ver con pretendientes ni matrimonios. Veo cierta expresión en su cara.

—¡Mmmm...! —caviló Ana—, la expresión que siempre tenía antes de salir con algo escandaloso.

—No estoy segura de que deba contároslo todavía —dijo Ferada—. Tengo que hablar con Fola.

—¡Con Fola! ¿Quieres decir con eso que vas a volver a Banmerren para convertirte en una mujer sabia? —El tono de voz de Tuala expresó la incredulidad que Ana sentía; a pesar de las aptitudes de su amiga, que eran muchas, Ferada nunca había parecido destinada a un futuro al servicio de la diosa.

Las mejillas de Ferada se sonrojaron.

—Voy a ir a Banmerren. O, si Fola acude a la asamblea, hablaré con ella aquí en la Colina Blanca. Y, por supuesto, no tengo intención de convertirme en sacerdotisa. Tengo una proposición que hacerle a Fola. Me preocupa el hecho de que haya tantas jóvenes de sangre noble que reciban, en el mejor de los casos, una educación a medias, pues lo más habitual es que no se les enseñe nada más aparte de las tareas domésticas. Sé que ella les proporciona plazas en Banmerren, como hizo por Ana y por mí, pero la oferta carece de estructura y profundidad; cuando una alumna empieza a encontrar interesante la educación en Banmerren es cuando se la llevan de vuelta a casa o a la corte para desfilarse ante los hombres, o a la cama de algún individuo para que éste le introduzca a sus herederos en el vientre. No pongas esa cara, Tuala; sé que tu experiencia ha sido un tanto distinta pero, créeme, para la mayoría de las chicas es una cuestión brutal y arbitraria. Si hubiera un lugar en el que las jóvenes pudieran quedarse un poco más de tiempo, aprender un poco más, adquirir algunos conocimientos antes de ser arrojadas al mundo de los hombres, creo que podríamos prepararlas mejor para que

fueran capaces de defenderse solas y participar de verdad en las cosas. Eso es lo que quiero hacer. Poner en marcha una escuela; o, mejor dicho, ampliar la que tiene Fola, de modo que ésta incluya toda una rama para las chicas que no van a convertirse en sacerdotisas pero que sí van a vivir su vida en el mundo. Tengo intención de pedirle que me deje organizarlo, que me permita encargarme de ello. Lo he hecho bastante bien con Uric y Bedo. Y aprendo rápido. ¿Qué os parece?

Tuala sonreía.

—Una idea audaz, absolutamente típica de ti, Ferada —dijo—. Me sorprendería que a Fola no le interesara. ¿Y tu padre qué dice?

—No le acaba de gustar la idea, pero su mayor preocupación es su nuevo matrimonio. Además, me lo debe. Lo he hecho bien encargándome de la casa y de los chicos; he dedicado cinco años a ello.

—Te toparás con cierta oposición, eso seguro —dijo Tuala—. No es probable que Broichan apoye una idea semejante; no cree en la educación de las mujeres, salvo en aquellas destinadas a servir a la diosa. Muchos de los hombres lo considerarán innecesario, una pérdida de tiempo. Otros lo considerarán peligroso. No todos tienen una actitud tan abierta como la de tu padre, que siempre te ha animado a que expresaras tus opiniones.

—¿Y tu matrimonio qué? —preguntó Ana—. ¿Cómo llevarías a cabo tu plan si tuvieras un esposo y una familia a la que cuidar? ¿No tendrás intención de sacrificar todo eso!

—¿Sacrificar, dices? —El tono de voz de Ferada era mordaz—. ¡Oh, Ana! ¿No puedes contemplar la posibilidad de que una mujer pueda sentirse más profundamente realizada en la vida sin un hombre?

Ana notó que el calor le subía a las mejillas.

—Yo... —empezó a decir.

—Lo siento —terció Ferada en un tono distinto—. Te he ofendido. No era mi intención. Hace mucho tiempo que no puedo hablar sin tapujos, y las ideas me bullen en la cabeza. Quiero enseñar. Quiero cambiar las cosas. Quiero estar segura de que no malgasto mi vida.

—Yo no tengo ninguna intención de malgastar la mía —le dijo Ana, incapaz de pasar por alto la insinuación.

—Entonces debes esperar que el pretendiente que Bridei tenga pensado para ti sea un dechado de virtudes masculinas —repuso Ferada—. Tuala, ¿hablarás con él acerca de mis intenciones? Me ayudaría enormemente contar con su apoyo.

—Por supuesto —contestó Tuala—. Y también tendrías que preguntárselo personalmente. Estoy segura de que lo aprobará. Él te admira.

Ferada se quedó inexplicablemente callada; en ese preciso momento el pequeño empezó a retorcerse y realizó varias respiraciones profundas que parecían presagiar una tormenta de algún tipo.

—Tendríamos que entrar —dijo Tuala, al tiempo que se ponía de pie y se colocaba al niño en la cadera de forma experta—. Empieza a tener hambre; debe de ser por todo lo que ha caminado. Eres muy buena con él, Ana.

—Me gusta —repuso ésta—. Me gusta verlo crecer, observar todos los pequeños cambios.

—Todo eso está muy bien cuando se trata del hijo de otra persona —señaló Ferada—, pues puedes devolverlo cuando grita, se ensucia o sufre terrores nocturnos. Podéis consideraros afortunadas por no tener a cinco o seis críos pegados a vuestras faldas. Si nos hubieran casado cuando empezaron a hablar de pretendientes, a estas alturas tendríamos toda una prole cada una.

—A mí me encantaría tener otro hijo —dijo Tuala con una sonrisa—. Si la Brillante me bendice con una hija, puedes estar segura de que te la mandaré para que reciba educación.

—Eso si Fola no se adelanta —contestó Ferada.

**L**a corte del rey en la Colina Blanca estaba construida en el emplazamiento de una antigua fortaleza hecha de piedra y madera curada. Todavía quedaban rastros de aquellos muros en lo profundo del monte bajo que cubría las empinadas laderas de la montaña. Bajo la sombra de unos altos pinos, un fragmento de sillar que se desmoronaba sugería aquí una muralla, allá una fuente y más allá una extensión de camino pavimentado; el riachuelo que surcaba tortuosamente la falda de la Colina Blanca fluía por pilas y charcas tanto naturales como construidas. Se consideraba un lugar inexpugnable. La empinada pendiente de

la propia montaña, los sólidos y verticales muros de la fortaleza y las vistas que proporcionaban los huecos estratégicos en la cortina protectora que formaban los árboles proporcionaban a sus ocupantes una gran ventaja defensiva. Desde allí se dominaba tanto el norte, hasta el mar, como el sur, hasta las cambiantes aguas del Lago de la Serpiente y los oscuros montes de la Gran Cañada. El suministro natural de agua potable y la amplia extensión de terreno llano en la cima de la Colina Blanca, cubierto entonces por los pasillos, las viviendas, los jardines y los talleres de la residencia de Bridei y rodeado por unas sólidas murallas nuevas, permitirían que los ocupantes soportaran un asedio durante tanto tiempo como tardaran en cansarse de él los atacantes, o hasta que llegaran refuerzos.

Al este, siguiendo la costa, se hallaba el viejo fuerte defensivo de Caer Pridne, que había albergado a la corte real de Fortriu bajo el mandato del predecesor de Bridei y de muchos otros reyes antes que él. Bridei había subido al trono siendo muy joven, pero poseído por una poderosa voluntad de cambio. Con veintiún años y dos de reinado, había completado la construcción de la Colina Blanca y trasladó allí su cuartel general, rompiendo con la tradición. La primera celebración en su nueva corte fue su boda con Tuala, que entonces apenas tenía dieciséis años. Siguieron otros cambios. El más arriesgado de ellos fue su decisión de alterar la práctica de cierto ritual que señalaba el descenso del año a su época oscura. La última vez que se había intentado, el dios ofendido había infligido un castigo terrible. Pero los jefes de clan y los ancianos aceptaron la decisión de Bridei. Se sabía que tanto él como su druida, Broichan, realizaban ritos personales en lugar de las antiguas prácticas y que éstos eran de naturaleza muy severa. La gente no quiso saber los detalles. Tenían mucha confianza en su nuevo y joven rey. Aquel hombre poseía algo que arrastraba consigo a los demás, una dedicación apasionada y una ardiente energía atenuadas por la cautela, la sutileza y la inteligencia. A fin de cuentas, se había criado como hijo adoptivo de Broichan, y éste era un mago poderoso, el principal consejero tanto del antiguo rey como del nuevo.

En la primera época había habido rumores. Broichan no era una persona querida; mucha gente temía su poder y desconfiaba

de la naturaleza esotérica de sus conocimientos. Algunos habían dicho que tener como rey al hijo adoptivo de Broichan sería lo mismo que tener al mismísimo druida sentado en el trono. ¿Acaso no era su marioneta, creada cuidadosamente, preparada para dirigir los asuntos de Fortriu según sus planes? No obstante, desde el primer día de su reinado, quedó claro que Bridei tenía su propia opinión y que su intención era tomar las decisiones por sí mismo. Formó un consejo compuesto por un inteligente equilibrio entre los hombres de más edad y experiencia y los jefes de clan más jóvenes que estaban preparados para aceptar nuevas ideas y considerar los riesgos calculados. Contrapuso los druidas a los adalides, los eruditos a los hombres de acción. En alguna ocasión incluía a mujeres en su grupo de consejeros: no solamente a la sacerdotisa superior, Fola, que dirigía el establecimiento en el que se adiestraba a las muchachas en el servicio a la Brillante, sino también a la viuda del anterior rey, Rhian de Powys y, a veces, a su propia esposa, Tuala.

En tanto que buena parte de las decisiones se tomaban en la Colina Blanca, Bridei mantenía plazas fuertes en otros lugares. Caer Pridne todavía albergaba una guarnición, caballerizas, patios de entrenamiento y un arsenal. El Pozo del Cuervo, al sudoeste, y el Recodo del Espino, al sudeste, constituían puestos de avanzada estratégicos dirigidos por influyentes jefes de clan que le eran leales. Todos sabían que el plan de Bridei era fortalecer lo suficiente Fortriu para luego avanzar contra los escotos. Todos sabían que el momento estaba cada vez más próximo. No obstante, sobre la fecha exacta sólo se podía apostar.

El día siguiente al regreso de Faolan a la Colina Blanca, Ana fue llamada a los aposentos reales. Derelei estaba en el jardín con la niñera; el rey y la reina la esperaban en silencio en la cámara que se utilizaba para las reuniones informales. La seriedad de sus rostros la alarmó. Tenía una idea bastante aproximada de lo que iban a decirle, pero se había esperado que, al menos, Bridei le transmitiera la noticia como algo positivo. *Ban*, el perrito blanco constante compañero del rey, se levantó de su lugar bajo la silla de su dueño, en posición de alerta y, al ver a una persona amiga, volvió a acomodarse. Al avanzar por la habitación, Ana

vio que había una cuarta persona presente. Faolan, el asesino de Bridei, su espía y mano derecha, estaba apoyado contra la pared junto a la estrecha ventana y su figura permanecía en la sombra. Su mirada se desvió hacia ella cuando fue a sentarse a la mesa. En su rostro, Ana no vio la manifiesta admiración que otros hombres le mostraban, sino una fría evaluación: estaba claro que el escoto calculaba su valor como mercancía comerciable.

–Supongo que ya sabes por qué te hemos llamado –dijo Bridei mientras Tuala servía aguamiel.

De repente Ana se puso nerviosa. Asintió con un tenso movimiento de la cabeza. Aquéllos eran sus amigos. Comía con ellos cada día. Jugaba con su hijo. Sin embargo, Bridei tenía tal poder sobre su futuro que, por un momento, tuvo miedo.

–Tengo entendido que Faolan posee información sobre ese jefe de los caitt, Alpin –repuso ella, tratando de que su voz sonara calmada–. ¿Ha mostrado interés en contraer matrimonio, tal vez?

Se hizo un breve silencio. No había duda de que se había equivocado.

–Nos encontramos en una situación bastante difícil –dijo Bridei– y, a resultas de ello, estamos a punto de pedirte ayuda, Ana. Lo que necesitamos que hagas es complicado. Incómodo. Significará un gran cambio para ti.

Ella no tenía ni idea de a qué se refería.

–Te hemos pedido que vengas aquí, donde estamos los cuatro solos, para poder comunicártelo en privado y darte un poco de tiempo para que lo consideres –siguió diciendo Bridei–. Esta noche se celebrará un consejo formal en el que tenemos que tomar una decisión a este respecto. Las noticias de Faolan lo han convertido en un asunto urgente. Crítico.

–Bridei –intervino Tuala–, estoy segura de que Ana preferiría que se lo explicaras todo. Es mucho lo que se le pide. Tiene que conocer todos los hechos.

Faolan carraspeó.

–Ya tienes conocimiento, claro está –dijo Bridei–, de la gran ofensiva contra los escotos que estamos planeando para un futuro próximo. Con la voluntad de los dioses, expulsaremos a nuestros viejos enemigos de las costas del territorio de los priteni de



una vez por todas, y a su fe cristiana con ellos. En dicha empresa necesitamos a todos los aliados que podamos conseguir. Como ya sabrás, el rey de Circinn ha sido invitado a una asamblea que se celebrará antes de pleno verano. Tenemos grandes esperanzas de poder contar con la cooperación de Drust el Verraco esta vez, aunque dejara entrar a los misioneros de la cruz en su propio reino. También tengo intención de establecer todas las alianzas que pueda con los reinos septentrionales de los priteni.

—¿Con mis familiares de las Islas Luminosas? —Tal vez, contra todas las expectativas, iban a mandarla a casa.

—He mandado un mensaje a tu primo solicitando hombres armados. El mensaje también pedía su consentimiento formal para ofrecer tu mano a una persona determinada.

—Entiendo.

—Ana. —El tono de voz de Bridei era amable—. Hace mucho tiempo que sabes que esto iba a ocurrir. Ya tienes diecinueve años y has superado con creces la edad en la que se habría esperado que contrajerás matrimonio.

—Explícaselo de una vez, Bridei —terció Tuala con desacostumbrada brusquedad.

—Tengo planeado investigar más a fondo al jefe de clan que hemos pensado para ti, Alpin del Brezal, antes de abordarlo —dijo Bridei—. De momento, Umbrig es el único jefe de clan caitt que nos ha prometido su apoyo contra los escotos. Los caitt son una gente extraña, llena de orgullo y agresividad. Probablemente Alpin sea el más poderoso, y también el más difícil de acceder, pues su territorio es remoto y se halla situado en medio de un bosque impenetrable. Los mensajes tardan en llegar.

Ana pensó con detenimiento.

—¿Los caitt no suelen mantenerse al margen de las disputas de otros pueblos? —preguntó—. De vez en cuando se desplazaban a las Islas Luminosas en sus barcos de guerra; recuerdo haberlos visto en la corte de mi primo, quien solía comprarlos con regalos.

—Son como nosotros —intervino Tuala—. Comparten la misma sangre y el mismo idioma que todos los demás priteni de Fortriu, Circinn o las Islas Luminosas. Y si Umbrig puede prometer guerreros, Alpin también estaría en condiciones de hacerlo. Eso podría cambiarlo todo.